

MITOLOGIA DEL ORO: EL ORO Y EL SOL.

Por L. F. MAZADIEGO MARTINEZ (*) y O. PUCHE RIART (*)

RESUMEN

El oro es un metal que ha sido esencial en la historia de la humanidad. Su color y su brillo fueron los principales motivos del interés por extraerlo. Quizá esta sea también la razón de su asociación con el sol, considerado como un elemento sagrado en numerosas culturas. El oro por tanto, ha sido un metal con intensas vinculaciones con el folclore y el misticismo, como se pretende demostrar en este estudio.

Palabras clave: Oro, Sol, Folclore.

ABSTRACT

Gold is a metal which has been essential to mankind throughout history. Its colour and shine were the main reasons to extract it. Perhaps, this is also the reasons of its association to the sun, considered sacred in numerous cultures. This, gold is strongly linked to folklore and mysticism as this study will prove.

Key words: Gold, Sun, Folklore.

INTRODUCCION

Hablar del Oro es referirse a riquezas y fortunas, palacios del País de las Mil y Una Noches, amuletos mágicos y puentes tendidos al encuentro de los dioses, pero también es sumergirse en historias turbias, rencores irreconciliables, codicia y muerte. El Oro ha sido símbolo de lo sagrado, casi a modo de representación del universo de los seres sobrenaturales. Desde el principio de los tiempos, el hombre se ha sentido atraído por el oro. Los incas y los aztecas le daban un significado sagrado, cuyo simbolismo ha sobrevivido en las Iglesias cristianas. Los servicios de oro contribuían a ensalzar los banquetes de la nobleza. Los mismos Reyes Magos agasajan al recién nacido Jesús con *oro, incienso y mirra*. Incluso es de oro el becerro que idolatraron los compañeros de Moisés durante su peregrinaje en busca de la Tierra Prometida.

El objetivo de esta serie de artículos es encontrar ese vínculo Sol-Oro a través de tradiciones y leyendas de un buen número de culturas. De esta manera, tras abordar esta relación entre el

cuerpo celeste y el metal, analizaremos, en una segunda entrega, los mitos griegos, nórdicos, celtas y americanos que incluyan al Oro en sus argumentos. Finalmente, en la tercera parte, se expondrán "*los lugares de esos mitos*": Eldorado, Punt, Tombuctú, Saba y otros muchos que nos legaron los autores clásicos.

¿Qué propiedades hicieron de este metal un objeto tan querido?. ¿Qué razones impulsaron a un buen número de hombres a adentrarse en sel-



Figura 1. Oro nativo. (Foto cortesía Museo ETSIM, Madrid).

(*) E. T. S. I. Minas de Madrid

vas desconocidas, luchar contra tribus salvajes o arriesgarse a contraer enfermedades incurables?. ¿Por qué se le ha reconocido un simbolismo de perfección como el descrito en el libro bíblico de los Proverbios: "Como el crisol de refinación es para la plata y el horno es para el oro, así es un hombre a su alabanza"?. ¿O en Malaquías: "Y Él se sentirá como un purificador y un refinador de la plata, y purificará a los hijos de Leví, y los purgará como al oro y a la plata"?. ¿Fue su color amarillo, tan semejante al del astro rey?. ¿Su brillo?.

EL CULTO AL SOL

M. UYLDERT (1991) afirma que "el oro está emparentado culturalmente con el Sol; es, en el mundo de los metales, la figura central, y, por eso, la corona de los reyes ha de ser de oro porque así simboliza la energía que desciende del Sol hasta el soberano. Según las tradiciones más antiguas, el rey se sienta sobre un trono de oro y sostiene en sus manos el cetro de oro -símbolo masculino- y el orbe de oro -símbolo femenino-, y serán estas creencias en las que asienten todas las tradiciones del ciclo artúrico".

También ahonda en esta tesis JUAN DE CARDENAS, quien, tras viajar desde su Sevilla natal a Nueva España, escribió en el 1501 su "Problemas y Secretos Maravillosos de las Indias" y en donde se puede leer en el capítulo que lleva el largo título de "En que se declara la causa por que, criándose el oro en las profundas minas y ocultas entrañas de las muy altas sierras de Indias, se viene a hallar después en los ríos y costas del mar", que "ningún planeta mereció con mejor título influir sobre el oro como es el Sol, pues entre todas las especies que ay de metales, ninguno con muchos quilates puede igualar al oro; y así es realmente que del sol rescibió el oro su resplandor, hermosura, excellencia y señorío sobre todos los metales (...). Entre las admirables propiedades que el sol comunicó al oro, su tan familiar y amigo, le dio una que no es propia y natural de todas aquellas cosas que tienen entre sí gran conveniencia y amistad, y ésta fue una propensa y no muy natural inclinación de no apartarse el oro de su presencia, sino seguir de ordinario la hermosura y resplandor de sus rayos (...). Es verdad cierta y averiguada que el oro,

como otro cualquier metal, se cría en las entrañas de la tierra, aunque no en lo muy profundo, por no apartarse mucho del sol".

MIRCEA ELIADE en su "Cosmología y Alquimias Babilónicas" expone que en no pocos folclores mineralógicos y metalúrgicos, se entiende a la tierra como matriz; en este sentido recuerda que el término egipcio "bi" significa al mismo tiempo "vagina" y "galería de una mina". Citando al libro "Bergbüchlein", editado en Ausburgo en 1505, y que, según escribiera AGRICOLA en el prólogo de su "De Re Metallica", fue obra de CALBUS FRIBERGIUS, un médico de mineros, afirma que "según dicho autor, un mineral crece mejor en la medida en que participa del movimiento del astro al que corresponde. El mineral de oro nace bajo la acción del cielo, y más en concreto del sol, de manera que este mineral no contiene ya ni rastro de humor que pueda ser destruido o quemado por el fuego, ni humedad líquida que pueda evaporarse con el fuego".

En otro libro del mismo ELIADE, "Alquimia Asiática", reproduce un párrafo de uno de los textos de alquimia más famosos de Asia, el "T'san T'ung-ch'i" ("Unión de las correspondencias separadas"), en el que se ensalza al oro como metal sagrado: "Puesto que hasta la hierba chii-seng puede prolongar la vida, ¿por qué no tratas tú de poner elixir en tu boca?. Por su propia naturaleza, el oro no se corrompe; precisamente por eso es la más preciosa de todas las cosas. Cuando el artista (el alquimista) lo incluye en su dieta, la duración de la vida se hace eterna... Cuando el polvo dorado penetra en las cinco entrañas, la bruma se dispersa como las nubes de lluvia por el viento... Los cabellos blancos recuperan su color negro; los dientes caídos vuelven a crecer en su lugar. El viejo debilitado se convierte en un joven lúbrico; la mujer anciana derrumbada recupera su juventud. Aquel cuya forma ha cambiado y ha sabido sortear los peligros de la vida, ese tal es acreedor al título glorioso de Hombre Verdadero".

Los taoístas en cierto modo se vinculaban con la esencia misma de esa alquimia que buscaba el oro, no para enriquecerse sino para alcanzar la inmortalidad, la inmortalidad patrimonio de los dioses, y del Sol, como fuente de vida. El taoísmo defiende que todo se reduce a un equilibrio entre

el "yin" (femenino) y el "yang" (masculino) Cualquier cosa, animada o no, participa de esa dialéctica cósmica que sustenta el Universo entero. Además, en algunos cuerpos participa más uno u otro, lo masculino y lo femenino, si bien en determinados círculos taoístas, se creía que el "yang" era otra forma de llamar al "tao", palabra intraducible que engloba un sinfín de posibilidades (vía, principio universal, verdad, etc.). Entonces, una sustancia, cuanto más "yang" tuviera, y, por tanto, más "tao", más noble, incorruptible, pura y absoluta era. Y entre estas materias especiales, casi representación de las verdades insondables, de aquello que existe pero no se puede catalogar, estaba el Oro. Este metal, como representativo de la esencia del "yang" estaba vinculado a la claridad, la fuerza, la inmortalidad, etc. No sólo ayudaban al hombre que lo poseyera a estar mejor a nivel físico o emocional, sino que también le transmitían un sentido trascendente que le confería la armonía con el cosmos.

Según expresa ELIADE esta concepción activa de los minerales es la verdadera fuente de inspiración de los alquimistas, que, simplemente, intentan acelerar en sus laboratorios el proceso natural de transformación de los metales. El "embrión" que crece, madura y alcanza la perfección en el horno de fundición hasta alcanzar la perfección del oro. En la Alquimia Asiática, apunta ELIADE que "los metales ordinarios se equiparan al alma ignorante, mientras que el oro se identifica con el alma perfectamente libre".

GOMEZ MORENO (1949), apoyando la tesis sugerida por GLYNN DANIEL acerca que el Oro fue el primer metal en que el hombre reparó, junto con el cobre nativo y el hierro de los meteoritos, sugiere que "el Oro es único, entre todos los metales en presentarse naturalmente con su aspecto propio de color, brillo, ductilidad; es tan diferente a una piedra cualquiera, que abrió al hombre la noción de su valor. El sentido del color, tan despierto en el hombre primitivo, le haría ver en el Oro algo del esplendor solar; descubría perdurable en él toda aquella viveza de tonos que los seres orgánicos le presentaban de manera efímera. Además, si el cobre y la plata fueron materia útil, que ayudaba al hombre para sus labores manuales, en cambio, el oro, tan resistente, no le valía, y esta inutilidad pudo afianzarle la idea de lo simplemente bello, como las flores, codiciable

para recreo de la vista y del tacto, codiciable también por su rareza".

El alquimista, mago y filósofo ENRIQUE CORNELIO AGRIPPA (1485 - 1535) escribió a este respecto en su "Filosofía Oculta y Magia Natural" que "entre los metales, el oro, por su resplandor, recibe del Sol su virtud reconfortante (...). Si alguien escondiera oro estando la Luna en conjunción con el extremo del Cielo, y fumigara el lugar con coriandro, azafrán, beleño, apio y adormidera negra, todo en igual cantidad y mezclándolo con jugo de cicuta, jamás podría ser encontrado ni robado este tesoro, porque los espíritus lo protegen para siempre". El oro, por tanto, es de los dioses y éstos lo dan a los hombres para que alcancen los más elevados ideales, siendo sólo la ambición humana la que degenera esta primera intención.

Pero, ¿dónde se desarrolló ese culto al Sol que luego, por similitudes cromáticas, pudo pasar al Oro?. ¿En todo el globo o en sólo algunas zonas del planeta?. Un etnólogo tan reputado como A. BASTIAN ya defendía en el lejano año de 1870 que "el culto solar se encuentra en relativamente pocas partes: Egipto, Asia, Europa antigua y, ya en América, sólo entre los pueblos 'civilizados' de Perú y México, los únicos de ese continente que alcanzaron una auténtica organización política".

Las antiguas civilizaciones disponían de dioses que estaban entroncados con el propio devenir de la vida, o, si se prefiere, con los ciclos naturales representados por las cosechas. No es extraño que les atribuyeran propiedades mágicas que les permitían favorecer, o, en el polo opuesto, dificultar, las labores de las que obtenían el sustento. Se pasa de dioses creadores a dioses fecundadores, que acaban siendo identificados en algunas áreas con el Sol. De esta manera, el Sol acaba situándose en el escalafón más elevado del conjunto de dioses que vigilan al ser humano.

El Sol, por ejemplo, es el "ojo del dios supremo" entre los pigmeos semang. Entre los aborígenes australianos de la etnia wiradjuri-kamilaroi, "el Sol es Grogoragally, hijo del creador y figura divina favorable al hombre". Los samoyedas ven en el Sol "los ojos de Num, el cielo. El Sol es el

ojo bueno y la Luna el ojo malo". Los yuraks de la tundra de Obdorks celebran *"una fiesta cuando el Sol aparece por primera vez"*, de manera análoga a lo celebrado por los esquimales de Groenlandia. Entre los yuraks, *"el Sol, la Luna y el pájaro del rayo son los símbolos del dios mayor"*.

Si esto sucede entre estas tribus, en otras de las regiones de Africa e Indonesia, acontece algo similar: conceden al dios supremo el nombre de *"Sol"*. Los ba-rotse *"hacen del Sol el domicilio del dios del cielo, Niambe, y de la Luna su primera mujer"*. Entre los luyi, *"Niambe es en sí mismo el Sol"*. Los kakka llaman *"Abo a su dios principal, que significa tanto 'padre' como 'Sol'"*. Entre los bantúes del Africa Oriental, *"el ser supremo es Ruwa, término que se traduce como Sol"*.

Viajando hasta Indonesia encontramos ejemplos parecidos. Los khond adoran *"como dios supremo y creador a Bura Pennu ('dios de la luz') o a Bela Pennu ('dios del Sol)'"*. Los birhors adoran a Chota Naghur, *"e inmolan al Sol sacrificios. Cuando nace un niño, el padre ofrece una libación de agua con el rostro vuelto hacia Oriente"*. En Timor, *"el Sol es el señor esposo de la señora Tierra, y de su unión nació el mundo. Rezan oraciones al señor abuelo-Sol para que les conceda mucho marfil y oro"*.

Si el Sol es identificado con el dios supremo, en otros pueblos serán los reyes los que hereden esa condición. Los soberanos hititas eran calificados como *"Sol del pueblo"* y los reyes indios recibían los títulos de *"soles, hijos del sol, nietos del sol, o bien, se les consideraba la encarnación del Sol"*. Por tanto, el Sol ya no es sólo la identificación de la fuerza mayor de los dioses, sino que la transmite a los dignatarios de cada tribu.

También el mundo andino protagoniza esta adoración al Sol, que, a modo de simple introducción toda vez que será abordado más en detalle en un futuro estudio, puede resumirse en dos muestras de la tradición quéchua, recopiladas por J. ALCINA en su *"Mitos y Literatura quéchuas"*. El primero es un canto a Wiracocha: *"¡Oh, Wiracocha, tú eres quien ordena que se haga el día y la noche, que amanezca y brille la luz!. A tu hijo, el Sol, lentamente hazlo caminar en el limpio cielo para que benéficamente alumbre al hombre que es tu criatura"*. El segundo sirve para

anticipar ese binomio Sol-Oro del que nos ocuparemos más adelante: *"Vendrá la cosecha y llenaré la troje cuando el Sol llueva Oro y la Luna plata"*.

Sin duda, la religión egipcia es una de las que más imbricaciones mantiene con el culto al Sol. A partir de la V Dinastía, numerosas divinidades acaban fusionándose con el Sol, y así nacen Khnum-Ra, Min-Ra, Amón-Ra, entre otros, posiblemente debido a las influencias e intrigas de los sacerdotes de Hierópolis: la preponderancia de Ra es consecuencia de la lógica extrapolación de la identificación del faraón con el Sol.

Entre los antiguos egipcios, la estrella Sirio, llamada Sothis en su lengua, y el Sol eran los dos cuerpos celestes más importantes, ya que ambos marcaban el comienzo del año y la crecida anual del Nilo, que, curiosamente, es nombrado por PLUTARCO con la palabra Sirio en una suerte de coincidencia o identificación global. Isis era la principal deidad asociada con Sirio, la *"dama de las estrellas"*, que era vista en el cielo como integrante de la constelación del *"Can Mayor"*. Por su parte, el Sol acaba integrado en varias divinidades, una de las cuales es Set, uno de los dioses más antiguos, que en su origen fue el dios del Reino Bajo, siendo adorado en los primeros tiempos predinásticos en Nebet, al norte de Luxor, y en pleno centro de las rutas hacia las minas de oro del desierto. En realidad, Nebet significa *"ciudad de oro"* y, quizá por ello, uno de los nombres de Set es Nepty, *"el de la ciudad del oro"*.

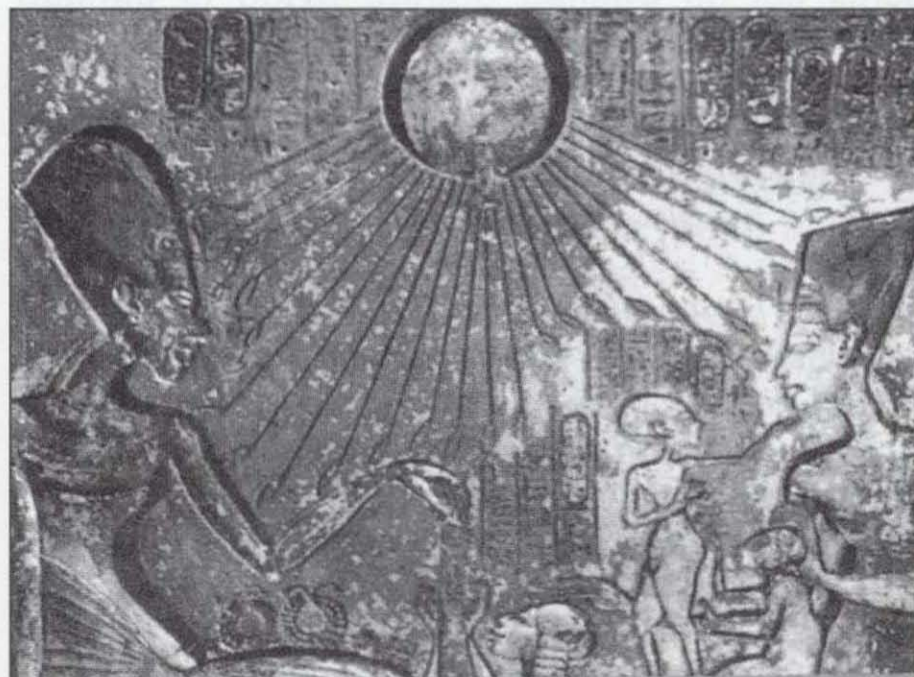


Figura 2. El dios Ra

Sin embargo, el verdadero dios solar era Ra, el dios de Heliópolis, *"la ciudad del Sol"*. Ra tuvo muchas formas y otros tantos nombres. Según la mitología nacida en Heliópolis, Ra era inicialmente Atum, y yacía silencioso en el seno de Nun envuelto por una flor de loto. Cansado del predominio del caos sobre el orden, se rebeló y así se transformó en Ra, apareciendo cada mañana por el Este, por encima de Manu, *"las montañas del amanecer"*, muriendo cuando la tarde se acercaba a la noche.

Las fiestas que celebraban al inicio del año, la regeneración de la vida, se desarrollaban en numerosos templos de Egipto. Una de estas tradiciones, comentada por D. MEEKS y C. FAVARD-MEEKS, se refiere al acto de adornar a Horus, *"vistiéndole de oro para prepararle para el encuentro con el disco solar del primer día del año. Se esperaba a que los rayos del sol lo iluminaran, y, de esta manera, Horus se sabía estaba tocando al Sol. Por medio de la estatua de oro inundada de luz se producía la unión mística del dios y del Sol"*. Horus era representado con unos ojos del color del lapislázuli (azul muy oscuro), que se vuelven del tono del electro cuando brilla el Sol, y también era tomado como una divinidad solar. La mayoría de los egiptólogos defienden que sus ojos representaban al Sol, el derecho, y a la Luna, el izquierdo.

Todos estos ejemplos conducen finalmente a otra categoría de dioses, o semidioses, si se prefiere: *"los héroes solares"*, comunes entre pueblos nómadas como los masai, los hotentotes, los turco-mongoles y los judíos. Son personajes que realizan grandes empresas, prohibidas al común de los mortales, y que permiten el progreso de la sociedad. Estos héroes (Sansón, Gesser Khan) salvan al mundo, lo renuevan, e inauguran épocas gloriosas, *"Edades de Oro"*, que contribuyen a ensalzar aún más las hierofanías solares, o mejor, cósmicas.

En resumen, en Egipto, como en otras culturas, la salida del Sol cada amanecer es un triunfo sobre las tinieblas, la vuelta al orden de la luz, a aquello que se ve y, que, por tanto, se teme menos que lo que surge de la oscuridad de la noche. El Sol, que era llamado en el antiguo Egipto como *"el becerro dorado"* es hijo del Cielo, una representación femenina, que se inclina cada mañana

sobre la Tierra, identificada como del género masculino, para dar a luz al Sol. Y así, fiel al ciclo vital, nace la esperanza en una buena siembra y, en consecuencia, en la consolidación de la sociedad.

EL ORO COMO SIMBOLO DEL SOL.

EL ORO COMO SINONIMO DE CORRUPCION

El significado mágico, o, si se prefiere, especial del oro aparece en numerosas tradiciones y leyendas. El oro como símbolo de los dioses, el oro como representación de las mejores épocas de una nación, el oro, apellidado negro, en referencia al petróleo. Incluso, la palabra *"talento"* definida en el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua como *"conjunto de dones naturales o sobrenaturales que Dios concede a los hombres. Dotes intelectuales"* deriva de una voz griega, *"talentum"*, que era una moneda de la Grecia clásica equivalente a 60 minas, y ésta, a su vez, deriva de una medida, usada en Egipto, para el oro.

Precisamente del antiguo Egipto proviene un texto, titulado *"Biografía del capitán de marinos Ahmosis"*, datado en la XVIII Dinastía (1540 - 1295 a. C.) del Imperio Nuevo, que describe la vida de un oficial de la marina egipcia, que sirvió durante los reinados de Ahmosis, Amenofis I y Thutmosis I, y que se distinguió en las incursiones a Nubia. En este texto se dice que *Ahmosis fue distinguido por el faraón con el 'Oro del Valor'*, que era la condecoración en forma de collares y objetos de oro, que recibían los soldados que habían destacado en el combate.

El Oro como recompensa, el Oro como legado. Así se lee en la *"Tabla Esmeraldina"*, una serie de dichos crípticos descubiertos en la tumba de Hermes Trimegisto, y reclamada como fuente de inspiración por los alquimistas: *"Como todas las cosas estaban para la contemplación de una, así todas las cosas surgieron de ésta por un simple acto de adaptación. El Padre es, pues, el Sol; la Madre, la Luna. El viento la llevaba en su útero. La Tierra es, pues, su enfermera. Es el Padre de todos los trabajos maravillosos a través de todo el mundo. El poder es, pues, perfecto"*, y, en consecuencia, *"esa única cosa es el elixir buscado, cuyo Padre es él Oro y su Madre la Plata"*.

La manipulación del oro, envidiado ya en sí mismo, a través de la orfebrería es considerado por numerosos historiadores como una importante manifestación de cambio cultural en tanto que puede significar un atributo simbólico de prestigio utilizado por las primeras élites para consolidar su poder. Hasta entonces, todos los restos arqueológicos neolíticos indican la existencia de una sociedad aparentemente igualitaria. Después, surgen estructuras jerarquizadas en los asentamientos. La orfebrería representaría una transformación en el orden establecido. Si en los siglos anteriores, el poder quedaba ejemplarizado por una mayor fuerza física de determinados individuos, o por una fecundidad alta en algunas mujeres, o, incluso, por el papel jugado por los chamanes a modo y manera de vínculo con los dioses, desde el preciso momento en que se descubre cómo manipular los metales y, en concreto, el oro, los hombres quieren mostrar su influencia con signos externos.

RENFREW (1986) establece una teoría por la que el oro contaba en aquellos lejanos tiempos de la Edad del Bronce con un *valor primario*, independiente del *valor de uso* que deriva de su utilidad, pero también con un *valor de trabajo* (esfuerzo invertido en su obtención y manipulación), un *valor de cambio* y un *valor histórico o sentimental* (asociaciones que motiva en el propietario o espectador). El *valor primario* podría definirse como *valor intrínseco adscrito* a un objeto o material por una determinada sociedad, añadiendo RENFREW que *"el oro, la plata, el cristal o el jade poseen ese valor primario en la mayor parte de las sociedades porque los materiales carecen de valor intrínseco universal. No es una cualidad como la dureza o la densidad por lo que se puede medir dentro de un contexto social. Las causas de tal valoración podrían buscarse en determinadas propiedades de esos materiales: son llamativos, atractivos y agradables a los sentidos; son escasos y muchos son perdurables"*. De esta manera, la posibilidad de obtener, poseer y exhibir un objeto singular diferencia claramente a uno o pocos individuos del resto de la comunidad.

El escritor lucense ALVARO CUNQUEIRO (1911 - 1981) escribió en su libro *"Tesoros y otras magias"* una curiosa historia que bien pudiera afianzar este misterio: *"Preguntando yo a uno*

que sabía mucho de tesoros, y hasta se decía que había encontrado uno, cómo siendo los tesoros del tiempo de los moros, o del tiempo de los celtas, había en ellos onzas de Carlos III, se rascó la cabeza y me dijo que quizá los que escondieron los tesoros hacían moneda falsa, pensando en los tiempos futuros. Bien, no podía llamársele falsa porque estaba hecha con oro de ley, pero la acuñaban con las efigies de los reyes que faltaban por reinar. Le pregunté: ¿Cómo sabían que reinaría Carlos III y que tendría aquella cara?. ¿Y entonces las profecías?, me dijo, y tuve que callarme". En resumidas cuentas: las monedas podían ser falsas, como de hecho lo eran, pero al estar acuñadas en oro, la duda de su autenticidad sobrevuela.

Recogida por JUAN GARMENDIA en su libro *"Mitos y Leyendas de los Vascos"* (1995) puede citarse en esta línea de ensalzar al metal dorado, la historia, contada por una octogenaria de Ichaso, de título *"Santa Engracia, Oro rojo"*: *"En forma de un puerco rojo recogía Santa Engracia la piedra precisa para levantar la ermita a ella dedicada en Huici. En este menester se acercó a un hombre, quien al tiempo que le propinaba un puntapié, le dijo: '¿Qué andas aquí, cerdo rojo?'. A lo cual Santa Engracia respondió: 'Yo no soy un puerco rojo, sino una Santa Señora, Oro Rojo"*. No es el Oro del que versan estas líneas, pero, al menos, sirve para apoyar la idea por la que el Oro es símbolo en sí mismo de los más altos valores; una auténtica metáfora de la perfección.

Sin embargo, aceptando el rango mágico del oro, su posesión por los hombres lo transmuta hasta envilecerlo. Es la otra cara del oro. TITO LUCRECIO (s. I a. C.) reflexiona en su obra *"De la Naturaleza de las cosas"* acerca de estas mismas cuestiones: *"Para excavaciones quisieron emplear la plata y el oro en los mismos servicios que hizo el cobre, pero fue en vano, porque no tenían consistencia estos metales, ni la dura fatiga resistían. Tuvo entonces el cobre mayor precio, y se despreció el oro como inútil. Sin embargo, ahora otra vez el oro sube a la mayor estima, y se codicia más de día en día, y es el objeto digno de alabanzas, y tiene sumo aprecio entre los hombres"*, afirmando en otro pasaje de su libro que *"al principio los reyes levantaron ciudades donde dar seguro asilo, repartieron las tierras y ganados conforme a la belleza y al ingenio*

y la fuerza y valor de cada hombre, porque eran estas prendas naturales las que más a los hombres distinguían. Por fin, se introdujeron las riquezas, y descubriose el oro, que al momento envileció la fuerza y hermosura".

De manera semejante se manifiesta JOHN MILTON en su obra *"El Paraíso perdido"* cuando expresa que *"incluso en el cielo sus ojos y sus pensamientos se dirigían hacia abajo, admirando más la riqueza del pavimento del Cielo, Oro batido, que otra cosa divina o santa, disfrutada en su visión beatífica: por él también los primeros Hombres, enseñados por su sugestión, escudriñaron el Centro, y con manos impías saquearon las entrañas de su madre Tierra en busca de Tesoros más ocultos. Pronto la horda abrió en la colina una gran herida y excavó en las vetas de oro"*. Este autor, es elegido por el biólogo R. SHELDRAKE (1991) en su libro *"El Renacimiento de la Naturaleza"* (1991) para *"ejemplarizar que hubo un antes y un después, un momento pleno y otro, en el que nos encontramos, caracterizado por la ambición y la pérdida de la identidad"*, que entroncaría con el comentario de JUAN PARELLADA DE CARDELLAC en su *"El Origen de los Vascos"* en el que, parafraseando a los clásicos, escribe que *"en Iberia, antes que las minas de Oro y Plata fueran descubiertas, existían pocas guerras y muchos hombres se dedicaban a la filosofía"*.

Por tanto, el oro es señal de poder y riqueza, símbolo de lo divino, y, también, huella del deterioro. El oro está en el inicio y en el fin de las culturas. Es el impulso para desarrollarse y, acaso, la excusa para desaparecer. En el Levítico puede leerse que *"Yhavéh dijo a Moisés que es ley eterna perpetua para tus descendientes que se disponga siempre de lámparas en el candelabro de oro puro para que ardan continuamente delante de Yhavéh"*. R. GRAVES, en su libro *"Mitos hebreos"*, señala que algunas tradiciones defienden que el candelabro *Menorah*, esculpido en el arco triunfal de Tito de Roma para conmemorar su saqueo de Jerusalén en el año 70 d. C., era originalmente de oro. Atendiendo a ese candelabro, ZACARIAS señala que *"sus siete brazos de oro representan los ojos de Yhavéh surcando el universo"*, o sea, los siete planetas con el sol representado a través del oro.

Y yendo más allá, como relatan *Los Vedas*, es materia constituyente del Universo primigenio: *"El que subsiste por sí mismo, queriendo crear el Universo de su propia sustancia, creó las aguas y depositó en ellas una simiente que se transformó en un huevo de oro, resplandeciente como el Sol, y Brahma nació de él por su propia energía"*.

Sin necesidad de viajar al otro lado del mundo, algunas antiguas tradiciones rabínicas, herederas de mitos griegos, persas y babilonios, recrean el Génesis atendiendo a un significado místico. Yhavéh habría creado el mundo materializándolo en siete cielos por medio de la *"hashmal"*, una supuesta sustancia divina que, según el primer capítulo de EZEQUIEL, proporciona el ígneo esplendor del Trono y del Semblante de Dios. GRAVES señala que *"hashmal"* es una palabra hebrea moderna que significa *"electricidad"*, que estaría relacionada con *"electron"*, que en griego se vincula con *Elector*, un nombre del Sol, y así significa *"brillando con una luz dorada"*, y de aquí llegaríamos a *"electrum"* de color de ámbar, una aleación de oro y plata.

Pero también en el envés mismo de su valoración, el libro de Job afirma que *"tiene la plata sus veneros y el oro lugar en que se acrisola (...). La tierra que produce el pan está debajo trastornada por el fuego, sus rocas son la morada del zafiro y sus terrones contienen oro (...). Pero la sabiduría, ¿dónde está?. No se cambia por oro macizo ni se pesa plata para comprarla, no se pone en balanza con el oro de Ofir"*. El oro como aproximación a los dioses o traición a éstos; el oro como símbolo trascendente y sobrenatural o señal de paganismo y corrupción.

LOS DISTINTOS NOMBRES DEL ORO

La mayor parte de las denominaciones que se dieron al Oro derivan de sus propiedades físicas: su color y brillo. De alguna manera, ensalzar tan hermosas características era un camino para cobijar su relación con los más altos conceptos, aquellos que trascienden de la naturaleza efímera de la vida.

PLINIO EL VIEJO (23-75 d.C., aprox.) incluye en su *"Historia Natural"* una leyenda a la que atribuye el origen de la devoción por el oro según la cual

Zeus, para castigar a Prometeo por robar del cielo el fuego para los hombres, lo encadenó con grilletes de hierro a una roca del Cáucaso donde un águila enviada por él le devoraba el hígado, aunque éste se regeneraba continuamente. Zeus juró por la laguna Estigia, el juramento más sagrado de los dioses, que jamás lo desataría, pero Hércules, hijo de Zeus, dio muerte al águila con sus flechas. Satisfecho por la hazaña de su hijo, Zeus accedió a liberar al prisionero, aunque ordenó que Prometeo llevara siempre un anillo fabricado con el hierro de sus cadenas y en el que estaba incrustado un fragmento de la roca a la que había estado encadenado. Este anillo, según Plinio, fue la primera joya y habría estado "engastada en un cuerno de oro guardada en el templo romano de la Concordia".

Las denominaciones que se han dado a este metal suelen coincidir en un común significado que atiende a su brillo (HABASHI, F, 1995). En hebreo, "zahab" deriva de una raíz que se refiere a "relucir". En la lengua de los farsis, se nombra "zar". La palabra árabe es muy similar: "Al-zahab".

La palabra "Oro" parece proceder del sánscrito "jval", que significa "brillar", o, acaso, de la voz germánica "ghel" (o "gelb"), que se podría traducir como "de color amarillo".

Las denominaciones francesa, italiana, española y portuguesa ("ouro") proceden del latín "aurum", origen, a su vez, del símbolo químico Au.

Los antiguos egipcios lo denominaban "nub" en alusión a la región de Nubia, norte del actual Sudán, de donde lo extraían. Por su parte, los griegos dieron en llamarle "chrysos". El ya citado PLINIO habla de la "chrysocola" (goma dorada) que procede de las voces griegas "chrysos" (oro) y "kólla" (goma), que sería la mena oxidada de cobre, de la que cuenta que "procede de una región de la India donde las hormigas desentieran el oro. Aparece sobre el oro, es parecida a él y tiene forma cúbica".

Tomando también la raíz "chrysos" del oro, se refiere a la "chrysolampis" ("brillante como el oro") procede de Etiopía, y es "por lo general pálida pero de noche toma el color del fuego". Asimismo, la "chrysopsis" ("de aspecto dorado") parece al oro".

LEYENDAS DE LAS MEDULAS

La importancia que tuvieron las minas de oro de Las Médulas es innegable a la luz de los testimonios de los historiadores clásicos FLORO, OROSIO o ESTRABON, que, junto con PLINIO EL VIEJO, acudieron en distintos momentos de la historia a contemplar con sus propios ojos un espectáculo que era comentado al otro lado del Imperio. Veinte siglos después, sólo queda un paisaje sobrecogedor, inaudito por su belleza, que hace testimonio de esa antigua ilusión de los Ingenieros de Minas de que también se les reconoce su labor extractiva: si los arquitectos son paisajistas de adicción (añaden elementos al paisaje, edificios, formas geométricas, que no estaban inicialmente en el lugar), los Ingenieros de las Ciencias de la Tierra son paisajistas de sustracción (quitan partes del terreno durante su trabajo, creando nuevas estructuras que, cuidadas y rehabilitadas, como sucede en no pocos países europeos, constituyen un nuevo paisaje, susceptible de ser acondicionado para otros fines culturales o recreativos).

Citado por el escritor JULIO LLAMAZARES en su libro "En Babia" (1991), el también novelista y viajero ENRIQUE GIL Y CARRASCO decía que "esta montaña, horadada y minada por mil partes, ofrece un aspecto peregrino y fantástico por los profundos desgarrones y barrancos de barro encarnado que se ha ido formando por el sucesivo hundimiento de las galerías subterráneas y la acción de las aguas invernales, que la cruzan en direcciones inciertas y tortuosas. Su extraordinaria elevación y los infinitos montes de cantos negruzcos y musgosos, residuo de las excavaciones romanas, acaban de revestir aquel paisaje con un aire particular de grandeza y extrañeza que causa en el ánimo una emoción misteriosa".

Las Médulas se situaban en el país de los astures, que se extendía desde el Cantábrico hasta el Duero, y desde el Este a Galicia, y estaba formado por nueve tribus de las que la de los Superatios era la que dominaba la comarca del Bierzo, lugar donde se hallan estas antiguas explotaciones. Sobre la importancia de sus yacimientos, PLINIO EL VIEJO escribió que "Asturias, Galicia y Lusitania daban cada año 20.000 libras de oro, así como que Asturias produce la mayor parte". El geógrafo ESTRABON matizó que "hasta

ahora ni el oro, ni la plata, ni el cobre, ni el hierro se han hallado tan abundantes en parte alguna del Orbe".

En un enclave con una tan profunda huella histórica, forzosamente han surgido leyendas y tradiciones. DAVID G. LOPEZ en su obra "Las Médulas" relata dos de ellas. La primera empieza comentando que "antiguamente, en la dirección del lago Carucedo y muy cerca de él, existió una ciudad, llamada Lucerna, que fue construida por los romanos. Un día, una gran riada de agua que surgió de entre Las Médulas, inundó la ciudad y ésta desapareció sepultada. Los hechos ocurrieron cuando la gran guerra de espadas". La segunda dice que "en el lago Somido se encuentran sumergidos la espalda de Roldán, capitán de 'Carromanos', y el valor de Oliveros. Actualmente ya nadie puede verlos, pues el lodo y la maleza los han ocultado, pero antiguamente eran contemplados por cuantos se acercaban al lago a las diez de la mañana del día de San Juan".

¿Por qué precisamente ese día?. ¿Será, como decía el padre FEIJOO al referirse a la fábula de San Brandán, que trataremos en otro momento, que "San Borondón se ve sólo desde la isla de Hierro en los días muy claros, esos días asociados a las maravillas de la mañana de San Juan, de extraña luminosidad y radiante Sol?". ¿Qué de especial tiene ese día para que, como reza la canción popular "levántose el Conde Olinos/mañana de San Juan (...) Quien hubiera tal ventura / sobre las aguas del mar / como hubo el infante Arnaldo / la mañana de San Juan"?. El solsticio de verano, el anuncio del reinado del Sol, la mañana precursora del esplendor de la luz y de lo divino, como, según la religión cristiana, lo es San Juan, el Bautista, de Jesús. La mañana de San Juan. ¿El Sol, otra vez, como idealización de lo sublime?. ¿El oro, como apunta SANCHEZ DRAGO en su "Gárgoris y Hábidis" como "milenaria identificación con los valores religiosos o espirituales"?.

¿Dónde se encuentra, si es que existió alguna vez, la ciudad de Lucerna?. ¿Es posible que Durandarte, la legendaria espada de Roldán, descansase sumergida en las aguas de un lago cercano a Las Médulas?. Ambos relatos están entroncados con el "Cantar de Roldán", poema épico anónimo que recrea las derrotas de las tropas caro-

lingias en Roncesvalles: Carlomagno regresa a Francia tras vencer a las huestes españolas y deja a su lugarteniente el conde Roldán al frente de un ejército. Sin embargo, son traicionados por Ganelón, suegro de Roldán, que los vende a los moros, siendo vencidos en la batalla de Roncesvalles.

No hay constancia histórica que asegure que Roldán o Carlomagno estuvieran en Las Médulas durante sus campañas contra los sarracenos, aunque no es arriesgado afirmar que quizá fueran los peregrinos del Camino de Santiago los que propagaron una leyenda que arraigó con fuerza en los sentimientos de los lugareños. En cuanto a la misteriosa Lucerna, es citada por distintos cantares de gesta, como las "Crónicas del Pseudo Turpín", donde se narran los tres imposibles viajes de Carlomagno para recuperar la tumba del apóstol Santiago, el "Codex Callistinus", también llamado "Liber Sancti Jacobi" y que fuera atribuido al Papa Calixto II, el "Gui de Bourgogne" o en el "Anseis de Cartago", todos ellos originarios de la Edad Media. Según apunta el citado DAVID G. LOPEZ, Lucerna estaría en el llamado "valle verde" del Bierzo, cerca del lago Carucedo, aquél del que GIL Y CARRASCO en su obra "El señor de Bembibre" escribiera que "iluminado por esa luz tibia, tornasolada y fugaz, enclavado en medio de aquel paisaje tan vago y melancólico, más que otra cosa parecía un camino anchuroso, encantado y místico". En el "Codex Callistinus" se puede leer que "Carlomagno ocupó numerosas ciudades, siendo la última Lucerna, situada en el verde valle de la campiña, que quedó deshabitada y de donde surgió una laguna de negrura abismal en medio de ella".

Este lago estaría relacionado con otra leyenda, evocada por JAVIER VILLALIBRE en su libro "Las Médulas y su entorno", que habla de "una ninfa que, amada y burlada por el conquistador romano Tito Carisio, lloró tanto su pena que sus lágrimas inundaron la ciudad, sumergiéndola y dando origen al lago. En la noche de San Juan, sale la ninfa en busca del amor que la desencante y, aunque no sucedió hasta hoy, sigue insistiendo en su propósito".

Las Médulas nos dejan en otra mañana de San Juan, la del Sol invencible, la de los destellos de

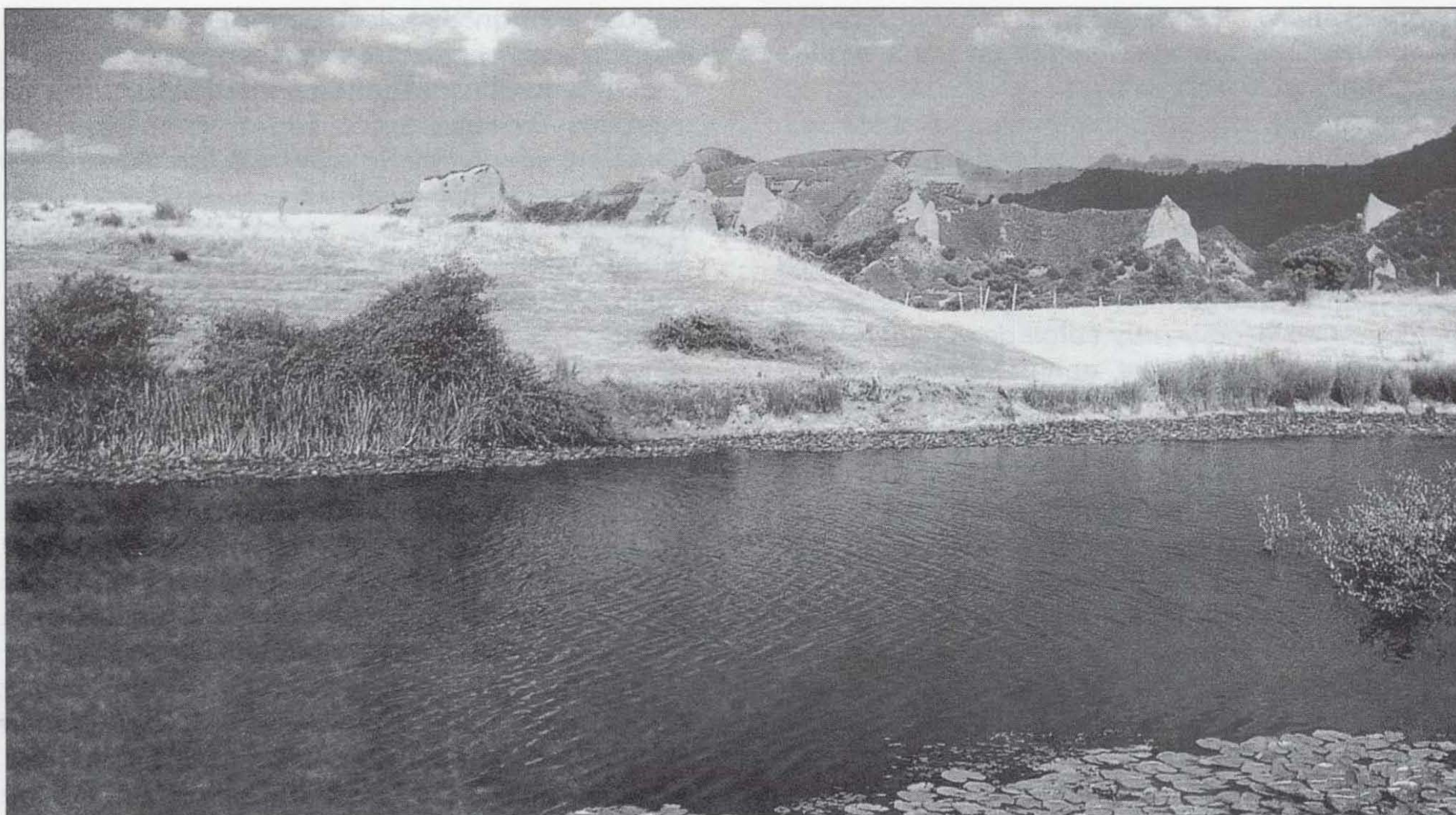


Figura 3. El lago Carucedo

oro, que nos hace recordar una antigua tradición persa, procedente del texto zoroástrico "Avesta", que relata la historia de Ardvi Sura Anahita, diosa de las aguas, que viaja en un carro tirado por cuatro caballos (el viento, las lluvias, las nubes y el aguanieve): "Ardvi Sura Anahita es de noble origen, nacida de una raza llena de clemencia, y viste un manto totalmente bordado de oro, y lleva unos pendientes de oro cuadrados y un collar de oro. Y le ciñe la cabeza una corona dorada con cien estrellas y ocho rayos (...), y cuando Zoroastro se lo preguntó, respondióle que la veneraran desde que el sol nace hasta que el sol se pone".

El Oro y el Sol. Terminaremos refiriéndonos a un curioso texto, "Aesch Mezareph" ("Fuego Purificador"), que fuera traducido por vez primera en Europa por KNORR ROSENROTH (1677) bajo el título "Kabala Denudata. Las Doctrinas Trascendentales, Metafísicas y Teológicas de los Hebreos", y que constituye una interesante aproximación a uno de los libros más influyentes de la Cábala.

En uno de los capítulos de este texto, donde se

dice que "el Sol es el Oro de los sabios", se reproduce un cuadrado mágico en el que la suma de sus números, en vertical, horizontal y diagonal, siempre es igual a 216, el "número de Arjeh" según los cabalistas, esa cifra que se nombra con un vocablo, Arjeb, cuya raíz es "arih" (o "arh"), "el que agarra la presa", y que deriva de "zhh", que es "oro", y que tiene relación fonética con "zhr", que es "luz, resplandor, esplendor", y también con "aur" ("luz"), todas ellas, siempre según la antigua tradición, "relacionadas con el Sol".

11	63	5	67	69	1
13	21	53	55	15	59
37	27	31	29	45	47
35	39	43	41	33	25
49	57	19	17	51	23
71	9	65	7	3	61

Figura 4. Cuadrado mágico cabalístico cuya suma es siempre 216, el número del Oro y del sol.

REFERENCIAS

- ALCINA, J. (1989). "Mitos y Literatura quéchuas". Alianza Editorial. Madrid. 182 p.
- ANONIMO (1987). "Aesch Mezareph o Fuego Purificador". Muñoz Moya y Montraveta Eds. Barcelona. 153 p.
- BARNETT, C. (1994). "Dioses y Diosas de Egipto. Mitología y Religión del Antiguo Egipto". Ed. EDAF. Madrid. 187 p.
- CARDENAS, J. de (1993). "Problemas y Secretos Maravillosos de las Indias".
- DANIEL, G. (1946). "The Three Ages". Cambridge Press. Gran Bretaña.
- ELIADE, M. (1986). "Tratado de Historia de las Religiones". Ediciones Era. México. 462 p.
- ELIADE, M. (1992). "Alquimia Asiática". Ed. Paidós. Barcelona. 113 p.
- ELIADE, M. (1993). "Cosmología y Alquimia Babilónicas". Ed. Paidós. Barcelona. 116 p.
- GARMENDIA, J. (1995). "Mitos y Leyendas de los Vascos". Aramburu Editor. San Sebastián. 196 p.
- GOMEZ MORENO, M. (1941). "Oro en España". *Arqueología Española*, 45, p. 461-ss
- GRAVES, R.; PATAI, R. (1988). "Los Mitos Hebreos". Alianza Editorial. Madrid. 276 p.
- KIECKHEFER, R. (1992). "La Magia en la Edad Media". Ed. Crítica. Barcelona. 234 p.
- LOPEZ, D. G. (1980). "Las Médulas". Ed. Nebrija. León. 159 p.
- MEEKS, D.; FAVARD-MEEKS, C. (1994). "La vida cotidiana de los dioses egipcios". Ed. Temas de Hoy. Madrid. 333 p.
- PLINIO EL VIEJO (1987). "Historia Natural". Alianza Editorial. Madrid.
- RENFREW, C. (1986). "El alba de la civilización. La revolución del radiocarbono y la Europa prehistórica". Colegio Universitario de Ed. Istmo. Madrid.
- RENFREW, C. (1986). "Varna and the emergence of wealth in prehistoric Europe". En: A. Appadurai (Ed.): "The social life of the things. Commodities in cultural perspective". *New Directions in Archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge. p. 141-168.
- SANCHEZ DRAGO, F. (1982). "Gárgoris y Hábidis. Una historia mágica de España". 2 Tomos. Ed. Argos Vergara. Barcelona. 505 y 405 p.
- SERRANO, J. M. (1993). "Textos para la Historia del Antiguo Egipto". Ed. Cátedra. Madrid. 283 p.
- TITO LUCRECIO (1983). "De la Naturaleza de las Cosas". Ed. Cátedra. Madrid. 413 p.
- UYLDERT, M. (1982). "Metales Mágicos". Ed. EDAF. Barcelona. 170 p.
- V.V.A.A. (1989). "El Oro en la España Prerromana". Zugarto Ediciones. Bilbao. 129 p.
- VILLALIBRE, J. (1990). "Las Médulas y su entorno". Ediciones Lancia. León. 61 p.

Original recibido: Junio 1998.

Original aceptado: Septiembre 1998.